

Mi fórmula para la grandeza humana es *amor fati*. No hay que pedir, no hay que buscar otra, ni en el pasado ni en el futuro, ni en toda la eternidad.

No basta soportar, ocultar lo necesario—el idealismo es la mentira frente á la necesidad—: hay que *amarlo* también...

III

Por qué escribo tan buenos libros

I

Yo soy una cosa. Mi obra es otra.

Antes de hablar de mis libros quiero decir algunas palabras acerca de la comprensión é incomprensión que han encontrado. Y conste que lo hago sin concederle importancia, porque este asunto está muy lejos de ser actual. Yo mismo, personalmente, no soy todavía actual. Hay individuos que nacen de un modo póstumo.

Día llegará en que se hagan precisas instituciones que enseñen mis doctrinas, que enseñen á vivir como yo entiendo la vida. Tal vez entonces incluso crearán una cátedra para la interpretación de *Zaratustra*.

Por eso sería estar en contradicción conmigo mismo si esperase encontrar ahora oídos y manos para *mis* verdades.

—¿OPORTUNO EN EL CATECISMO?

Que no se me oiga, que no se quiera aprender nada de mí, me parece muy comprensible, incluso lógico y justo.

Yo no quiero ser confundido con nadie, ni conmigo mismo.

Además, en toda mi vida no he conocido la «mala voluntad». Me sería difícil poder citar un sólo caso de mala voluntad literaria. Pero en cambio me ha abrumado, me ha aplanado tanta *ignorancia pura*.

Yo creo que el más alto homenaje que puede tributarse un hombre á sí mismo consiste en coger uno de mis libros. Comprendo y admito que en ese caso se descalce, incluso que se quite las botas.

Cierto día, el doctor Enrique de Stein se me quejaba sinceramente de no haber comprendido una sola palabra de *Zarathustra*. Le contesté que me parecía muy lógico, muy natural. Comprender sólo seis frases, lo cual equivale á *vivirlas*, sería suficiente para elevaros sobre los demás mortales á un grado de superioridad absolutamente inaccesible á los «contemporáneos».

¿Cómo, pues, teniendo este concepto de la distancia, *podría* desear que me leyeran los «contemporáneos» que conozco?

*
* *

Mi triunfo es opuesto al de Schopenhauer.

No puedo menos de reconocer el goce que me ha causado muchas veces la *inocencia* con que procuran algunos negar todo valor á mis obras.

Todavía este otoño, en una época en que por el acento serio, excesivamente serio de mi literatura, me sentía capaz de romper el equilibrio de todas las demás literaturas, un profesor de la Universidad de Berlín tuvo la benevolencia de darme á entender que debía cambiar de estilo, porque el que yo hacía—añadió—no lo lee nadie.

Aunque, después de todo, Suiza ha dejado atrás á Alemania dando las dos notas más extremas: un artículo del doctor W. Winnann, consagrado á *Más allá del bien y del mal*, en el *Bund* de Berna, bajo el título de *El libro más peligroso de Nietzsche*, y un resumen general de todas mis obras firmado por M. Karl Spittler, representan un máximum en mi vida... me guardaré muy mucho de decir de *qué* es ese máximum.

Spittler, por ejemplo, considera mi *Zarathustra* como un «ejercicio superior de estilo», deseando que en lo sucesivo cuide igualmente el fondo y la forma. El doctor Widmann, me expresa su simpatía por el valor con que tiendo á la

abolición de todos los sentimientos *convenientes*.

Por una pequeña *jugarreta* del destino, cada frase parecía—con lógica admirable—una verdad al revés. En suma, que basta dar la vuelta, «transmutar todos los valores», para llegar, respecto de mí, á la comprensión, á no hacer precisas las explicaciones que ahora son necesarias.

Todo el mundo no encuentra en lo que ve, y por lo tanto, sin exceptuar los libros, más que lo ya conocido. No podría comprender aquello á lo cual no llegare por episodios anteriores.

Imaginemos, pues, un caso extremo: que un libro no hable más que de hechos y sucesos completamente apartados de las posibilidades que no se presentan sino muy rara vez ó nunca en la vida de alguien; que es la *primera vez* que este libro habla un lenguaje preparatorio de una serie de nuevas posibilidades.

En tal caso ocurre un fenómeno estupendamente sencillo: que no se comprende una sola palabra de lo que dice el autor y que el lector se hace la ilusión de que allí donde él no entiende nada, *no hay nada...*

Hablo así por la experiencia de varios y frecuentes casos, y en este sentido es donde mi experiencia resulta verdaderamente original.

Los que creen entender algo de mi obra se forman una idea á su propia imagen y semejanza, una idea que la mayor parte de las veces está en absoluta contradicción conmigo.

Dicen de mí, por ejemplo, que soy un «idealista». Y es que cuando no se comprende nada mío se conforman con negar mi valor y me consideran un caso aparte.

Así, pues, la palabra *Superhombre*, que designa un tipo de perfección absoluta, opuesto al tipo del hombre «contemporáneo», del hombre «bueno» que forma parte del cristianismo y otros nihilismos, esta palabra en labios de un Zaratustra, destructor de la moral, adquiere un sentido altamente sugeridor de reflexiones.

Y sin embargo, casi siempre, con una enorme inocencia, le han dado una significación en absoluto contraria á los valores afirmativos de Zaratustra.

Quiero decir que el tipo «idealista» lo han considerado compuesto de ciertos hombres superiores, mitad «santo» y mitad «genio».

Otras bestias de sabios cuernos me han acusado de darwinismo á causa de esa palabra é incluso han querido hallar en mí el «culto de los héroes» de aquel gran monedero falso inconsciente que se llamó Carlyle, ese culto que siempre he rechazado astutamente. Cuando le

he dicho á alguien que debe interesar más un César Borgia que un Parsifal, no ha dado crédito á sus oídos.

*
* *

Por otra parte, confieso que no siento la menor curiosidad por conocer los artículos consagrados á mis obras, sobre todo en lo que se refiere á los que aparecen en los periódicos. Mis amigos y mis editores conocen esta disculpable indiferencia y no me hablan nunca de ello.

Sólo en un caso excepcional he visto todos los pecados cometidos á propósito de uno de esos libros.

Se trataba de *Más allá del bien y del mal* y podría hablar no poco respecto de ello. ¿Creeis que la *Gaceta Nacional*, un periódico prusiano (yo no leo, con vuestro permiso, más que *Le Journal des Débats*), llegaba hasta el punto de interpretar seriamente mi obra como un «signo de los tiempos», como la verdadera filosofía de los *gavilanes*, esa filosofía que á la *Gaceta de la Cruz* le causa tanto miedo?

II

Esto es una opinión alemana, porque en todas partes, menos en Alemania, tengo lectores que son las inteligencias escogidas, los caracteres elevados y educados en superiores empresas y que han probado su espíritu; incluso hay verdaderos genios, entre los que me leen, en Viena, en San Petersburgo, en Stoccolmo, en Copenhague, en París y en Nueva York. En todas partes he sido descubierto, menos en el país más vulgar y ordinario de Europa: en Alemania.

Confieso que me agradan más aquellos que no han oído nunca mi nombre ni mi palabra filosófica, que aquellos que no me leen. Sin embargo, por dondequiera que voy, en Turín, por ejemplo, todos los rostros se emocionan y dulcifican viéndome. Lo que más me ha enorgullecido y halagado hasta ahora, es la solicitud con que las viejas vendedoras rebuscan en el fondo de sus cestos para darme los mejores frutos. Hay que ser filósofo *hasta ese extremo*.

No en balde se llaman los polacos los franceses de la raza eslava.

Una rusa encantadora no dudaría un sólo instante respecto de mi origen. Porque yo no consigo ser solemne; lo más que puedo parecer es un poco azorado.

Claro que soy capaz de pensar en alemán, de sentir en alemán, pero *eso* es superior á mis fuerzas.

Mi antiguo maestro Ritschl aseguraba que yo concebía mis disertaciones filológicas como un novelista parisién—de una forma sugestiva hasta el absurdo. En el mismo París se han asombrado de «mis audacias y finuras» (1)—, y temo que incluso en las formas más elevadas del ditirambo se encontrará siempre algo de esa sal, que no pierde nunca su sabor, cualidad que nunca será alemana del espíritu. No puedo, no sé hacerlo de otro modo. ¡Loado sea Dios! Amén.

*
* *

Todo el mundo sabe, y algunos por experiencia propia, cuál es el animal que tiene las orejas más grandes. Pues bien; yo me atrevo á asegurar que tengo las orejas más pequeñas

(1) Esta frase es de Mr. Taine.—(N. del A.)

que hayan podido verse. Esto no dejará de interesar un poco á las mujeres, por la seguridad de que las entenderé mejor que otros.

Soy el *antiasno* por excelencia, lo cual me da la importancia de un monstruo histórico. Soy, en griego—y no en griego solamente—, el *anticristiano*.

III

No me son del todo desconocidos mis privilegios en cuanto á escritor.

En casos determinados he comprendido cómo se corrompía el gusto al contacto de mis obras. Leyéndome se llega á no soportar ningún otro libro, y mucho menos los filosóficos.

Entrar en este mundo noble y delicado, es una extraordinaria distinción, prohibida en absoluto á los alemanes. Es decir, para poseer esta distinción hay que haberla merecido.

Aquel que se me aproxime en la *altura* volitiva gozará del verdadero éxtasis inefable de la comprensión. Porque yo vengo de las alturas vírgenes del vuelo de ningún pájaro y conozco abismos donde nunca se aventuró ninguna pisada.

Me han dicho que es imposible dejar inconcluído uno de mis libros. Venzo hasta el quieto reposo de la noche. Porque no existe en ninguna literatura una clase de libros tan altiva y tan refinada á la vez.

Llegan en todas partes al máximum de elevación terrena: al cinismo. Para conquistarlos hay que tener al mismo tiempo los dedos delicados y los puños valientes.

Son opuestos á la decrepitud del alma y al más pequeño síntoma de dispepsia. Para ellos se debe carecer de nervios; se deben poseer entrañas alegres.

No es únicamente la pobreza de alma, la atmósfera de las reconditeces lo que impide la aproximación de mis libros; lo impiden mucho más la cobardía, la suciedad, el secreto rencor que se ocultan en el fondo de los intestinos.

Una sola palabra mía basta para hacer que se asomen á un rostro todos los malos instintos.

Entre mis relaciones poseo muchos sujetos de experiencia donde estudiar las distintas reacciones que causa cualquier obra mía.

Los que les tiene sin cuidado esas obras, aunque se llamen amigos se «impersonalizan» inmediatamente. Me felicitan por haber «llegado» otra vez «hasta allí» y me dicen que he

progresado adquiriendo una gran serenidad en el tono.

Los «espíritus» viciosos, las «buenas almas», los llenos de mentira, no saben qué hacer de mis libros, y por consiguiente los consideran como una cosa que está debajo de ellos. Esta es la lógica de las «buenas almas».

En cuanto á las bestias cornudas que conozco—hablo de alemanes, con perdón sea dicho—me dan á entender que no comparten del todo mis opiniones; pero que sin embargo... no obstante... etc...

Esto último lo he oído varias veces á propósito del *Zaratustra*.

Además, todo «feminismo» humano ó simplemente en el hombre es para mí letra muerta. Nunca podrán tener acceso los feministas á este audaz laberinto del Conocimiento. Es preciso que la *dureza* forme parte de vuestras costumbres para que no os falte la alegría y el buen humor en medio de las duras verdades.

Cuando quiero imaginarme el tipo perfecto de uno de mis lectores, pienso siempre en un monstruo de valor y de curiosidad, que posea al mismo tiempo esa cierta agilidad, esa astucia y esa circunspección que constituyen las características del aventurero y del explorador natos.

Aunque en resumidas cuentas, nadie mejor que Zaratustra para decir á quiénes me dirijo y á quiénes refiere él sus enigmas:

«Á vosotros los buscadores audaces, los temerarios, á todos los que nunca se embarcaran con velas de astucia sobre los mares espantosos;

»Á vosotros, que estáis ebrios de enigmas, contentos de la penumbra, y cuya alma se siente atraída por el sonido de las flautas hacia todo peligro de abismo:

»porque nunca asiréis con mano holgazana un hilo conductor, y allí donde podéis adivinar, no gustáis de abrir las puertas.»

IV

Tambien quiero decir algunas generalidades á propósito de mi arte del estilo.

Comunicar un estado de alma, una tensión interior, una emoción por signos—incluso la actitud de esos signos—, he aquí el sentido de cualquier estilo.

Descontada la extraordinaria multiplicidad de almas que hay en mí, claro es que poseo

muchas posibilidades de estilo, el más vario arte del estilo que jamás haya podido tener hombre alguno á su disposición.

Todo estilo es *bueno* si comunica verdaderamente un estado de alma, si no prescinde del aspecto de los signos, de los *gestos*. (Todas las leyes del periodo corresponden al arte de la actitud.) Sobre este punto mi instinto es infalible.

El buen estilo, *en sí*, es una pura estupidez del «idealismo» puro, sobre poco más ó menos como lo bello *en sí*, «lo bueno» *en sí*, cualquier «cosa» *en sí*... Admitiendo, claro es, que haya oídos que sepan oír, hombres que sean capaces y dignos de una emoción idéntica de aquellos á quienes es dado el derecho de comunicarla.

Pero *Zaratustra* está esperando aún esos hombres. ¡Ay! Que tendrá que buscarlos largo tiempo, porque es preciso ser *digno* de oírle. Y hasta entonces no habrá nadie que comprenda el *arte* derrochado en esa obra.

Nadie ni nunca ha podido lanzar al viento más medios inéditos, más procedimientos artísticos absolutamente nuevos y creados para la desestimada circunstancia.

Hacia falta, además, demostrar que fuera posible una cosa semejante en la lengua alemana. Yo mismo lo hubiera negado en otra ocasión del modo más categórico.

Antes de mí se ignoraba lo que puede hacerse con el idioma alemán, lo que se puede hacer con el lenguaje en general.

Yo he descubierto el arte del gran ritmo, del gran estilo en el período expresativo del formidable movimiento ascendente y descendente de una pasión sobrehumana y sublime.

Sólo con el ditirambo que termina la tercera parte de *Zaratustra*, y que se titula *Los siete sellos*, yo he volado miles de metros por encima de eso que hasta ahora llaman poesía.

V

Que en mis obras hay la voz suprema de un psicólogo inimitable, es quizás la primera deducción del que sepa leerme, de uno de esos dignos de mí, que me leen como los buenos filólogos de otros tiempos leían á su Horacio.

Las proposiciones, respecto de las cuales todo el mundo está de acuerdo en reconocerlas mías—claro es que en todo el mundo no hablo de filósofos moralistas y demás cabezas de col—, brotan de mí con una ingenuidad desdeñosa; por ejemplo, esa creencia de que los conceptos «altruista» y «egoísta» son antitéticos,

cuando el mismo *ego* no es sino un «supremo error», un «ideal».

No hay acciones egoístas ni acciones no egoístas. Las dos ideas son contrasentidos psicológicos, como lo son igualmente ciertas máximas: «El hombre aspira á la felicidad»; ó bien: «La felicidad es la recompensa de la virtud»; ó por último: «Dolor y placer son antitéticos.»

La moral, esa Circe de la humanidad, ha falseado, ha invadido con su esencia todo lo que sea psicología hasta formular esa afirmación sin sentido de que el amor es el «no egoísmo». Hay que estar casi *sentado en sí mismo*, sostenerse gallardamente sobre las dos primeras para *ser capaz* de amar. Las mujeres son las que lo saben mejor. Les preocupan tanto como su primera camisa los hombres no egoístas, los hombres objetivos.

¿Me será permitido afirmar, así de pasada, que creo conocer bien á las mujeres? Esto forma parte de mi patrimonio dionisiaco. ¿Quién? Quizás sea yo el primer psicólogo del eterno femenino.

Á mí me aman todas, excepción hecha de las *desgraciadas*, de las emancipadas, de aquellas que no pueden tener hijos.

Afortunadamente yo no estoy dispuesto á dejarme desgarrar, porque el amor de la mujer

perfecta desgarrar... No me son desconocidas esas amables bacantes, peligrosas bestiezueltas que saben trepar y roer... ¡Y tan agradables á pesar de todo!...

Una mujer lanzada detrás de una venganza sería capaz de cambiar el destino. La mujer es infinitamente más mala que el hombre, y es también mucho más lista.

En la mujer la bondad es ya un síntoma de degeneración.

Todas esas de quienes se dice que tienen un «alma hermosa», sufren en lo hondo de su organismo cualquier inconveniente fisiológico.

La lucha por iguales derechos es también un síntoma enfermizo. Todos los médicos lo saben. La mujer, contra más mujer es, se defiende con presteza, y más en todo lo que representa un derecho: el estado primitivo, la guerra eterna entre los sexos le asignó de hecho el primer puesto.

¿No os habéis fijado en mi definición del amor? El amor es el arma guerrera, su medio de defensa, y oculta en el fondo el odio mortal de los sexos.

¿No habéis oído mi respuesta á la pregunta de cómo se cura á una mujer, de cómo se la salva? Haciéndole un hijo.

La mujer necesita tener hijos, y el hombre

no es más que el medio para ese fin. Así hablaba Zaratustra.

«Emancipación de la mujer» es el nombre que toma el odio instintivo de la mujer *fracasada*, es decir, de la incapaz de maternidad, contra la mujer que posee esa cualidad. La lucha contra el «hombre» no es más que un medio, un pretexto, una simple táctica.

Elevándose ellas mismas bajo los títulos de «mujer libre», de «mujer superior», de «mujer idealista» tienden á bajar el nivel general de la mujer. No hay mejores ni más seguros procedimientos para eso que la educación de academias y liceos, los pantalones y los derechos de la gran bestia electoral.

En el fondo, las emancipadas son las *anarquistas* del mundo femenino.

La mayor parte de ese «idealismo» perjudicial—que, por otra parte se encuentra también en cierta clase de hombres, como por ejemplo en Enrique Ibsen, tipo perfecto de la solterona—tiene por objeto *envenenar* la conciencia, la naturaleza del amor sexual.

Y para no dejar el menor asomo de duda en una opinión tan honrada como severa respecto de esta materia, voy á dar cuenta de un artículo de mi código moral contra el vicio.

(Bajo el nombre de vicio comprendo, y tien-

do á destruirlo, todo lo que sea contra natura, ó si sois amigos de eufemismos, toda manifestación idealista.)

He aquí ese artículo:

«Predicar la castidad es incitar públicamente á faltas contra natura. El desprecio de la sexualidad, la roña del miedo á la «impureza» es un verdadero crimen contra la vida, el verdadero pecado contra la vida, el verdadero pecado contra el Espíritu Santo de la vida».

VI

Finalmente, para dar una idea de mí mismo en cuanto psicólogo, voy á copiar una curiosa página de *Más allá del bien y del mal*, sin permitir ninguna suposición acerca de dicha página:

«El genio del corazón tal como lo posee este gran misterioso, este dios tentador, este aprehensor de las conciencias, cuya voz sabe descender hasta el mundo subterráneo de todas las almas; este dios que no dice una sola palabra, que no arriesga una sola palabra donde no haya una doble intención seductora, en quien el saber de la apariencia forma parte de

su maestría; para quien no parecer quien es, sino para los que le siguen, es una obligación más para que se agrupen en torno suyo y le sigan más íntimamente, más radicalmente...

»El genio del corazón que obliga á callarse y á escuchar á los seres alborotadores y vanidosos; que pule las almas rugosas y les da á saborear un nuevo deseo, el de ser tranquilas y tersas como espejos para reflejar el cielo profundo...

»El genio del corazón que enseña á la mano torpe é impulsiva cómo hay que contenerse y asir delicadamente; que adivina el tesoro oculto y olvidado; la gota de bondad, de dulce espiritualismo bajo la capa turbia y espesa de hielo, que es la varita maga que atrae los pedazos de oro enterrados largo tiempo en el fango y en la arena...

»El genio del corazón, gracias al cual se siente uno más rico; no bendito y sorprendido, no gratificado y como aplastado por los bienes ajenos, sino rico de sí mismo, sintiéndose renovado, penetrado como por un viento de deshielo; tal vez más incierto, más delicado, más frágil, más roto; pero lleno de esperanzas que aun no tienen nombre, lleno de intenciones, de propósitos y de corrientes nuevas, de contracorrientes y de malas intenciones nuevas...»

EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA

I

Para formar exacto juicio de *El origen de la tragedia* (1872), es preciso olvidar ciertas cosas. Es una obra que *causó efecto*, que fascinó con lo mismo que había fracasado, con su aplicación á la *Wagneria*, como si ésta fuera alguna cosa que *empezaba*.

Por eso esta obra fué un acontecimiento en la vida de Wágner. Únicamente á raíz de su aparición fué cuando el nombre de Wágner empezó á considerarse como una esperanza.

Todavía hoy, en pleno Parsifal, pienso algunas veces que yo solo tengo la culpa de que haya prevalecido una tan alta idea respecto del *valor cultural* de ese movimiento.

Muchas veces he visto citada mi obra bajo el subtítulo del *Renacimiento de la tragedia por el espíritu de la música*, sin que vieran en ella más que una forma nueva del arte, de los pro-

pósitos wagnerianos, sin que nadie, al parecer, se diese cuenta de lo que dicha obra oculta de maravilloso.

Helenismo y pesimismo debió ser su verdadero, su inequívoco título, ya que por primera vez se enseña en esta obra cómo los griegos lograron acabar con el pesimismo, cómo lo han *sobrepujado*. Precisamente la tragedia es la mejor prueba de que los griegos no eran pesimistas. Schopenhauer se ha engañado en esto como en todo.

Mirado imparcialmente, *El origen de la tragedia* es un libro inactual. Nadie podría creer que se *empezó* bajo los cañonazos de la batalla Wœth. Todas sus ideas las medité detrás de los muros de Metz, durante las noches frías de Septiembre, cuando yo formaba parte de la brigada sanitaria. Y sin embargo, parece una obra cincuenta años más vieja.

Políticamente considerada, es indiferente, «no alemana», como se diría hoy. Siente el hegelianismo de un modo bastante escabroso, y únicamente en ciertos formulismos huele á ese perfume de enterrador, peculiar de Schopenhauer.

Una «idea»—la oposición entre dionisiaco y apolíneo—está expresada metafísicamente; la misma historia es el desenvolvimiento de

esta idea. En la tragedia la antítesis, con la unidad, se ha suprimido. Bajo esta nueva óptica, las cosas que nunca se vieron frente á frente aparecen opuestas una de otra, pero aclaradas, *comprendidas* una por la otra. Por ejemplo, la Ópera y la Revolución.

Las dos innovaciones definitivas del libro son, en primer lugar, la interpretación del fenómeno dionisiaco en los griegos—nunca se ha dado tan claramente la psicología ni se vió una de las raíces del arte griego completo—, y en segundo lugar la interpretación del socratismo.

Sócrates es presentado por primera vez como el instrumento de la descomposición griega, como el decadente-tipo. La «razón» se opone al instinto. La razón á toda costa es una peligrosa potencia, una potencia enemiga de la vida.

En todo el libro hay un silencio profundo y hostil para cuanto se relacione con el cristianismo. El cristianismo no es apolíneo ni dionisiaco; *niega* todos los valores *estéticos*, los únicos que reconoce *El origen de la tragedia*. Es nihilista en el más profundo de los sentidos, mientras que en el símbolo dionisiaco se llega al límite extremo de la *afirmación*.

Sólo una vez aludo á los sacerdotes cristia-

nos como á individuos de «una especie solapada de enanos», como á seres «subterráneos».

II

Esta inauguración no podía ser más notable y singular.

Con sólo mi experiencia personal, yo había *descubierto* el único símbolo, la única réplica que posee la historia, y yo fui también el primero en comprender el maravilloso fenómeno dionisiaco.

Así también, por el hecho de desenmascarar á Sócrates descubriendo en él un decadente, he demostrado de modo irrefutable que la seguridad de mi destreza psicológica no corría el menor peligro por parte de una idiosincrasia moral cualquiera.

El considerar á la misma moral como un síntoma de decadencia es ya una innovación, una cosa única y primordial en la historia del conocimiento. Y tanto en un caso como en otro, he dado un salto formidable por encima de la vulgar y triste charlatanería que constituye la discusión entre el pesimismo y el optimismo.

Yo he sido el primero que ha sabido ver la verdadera antítesis.

El instinto que *degenera*, que se rebela contra la vida con un odio subterráneo—cristianismo, filosofía de Schopenhauer, parte de la filosofía de Platón, el idealismo, en fin, son las fórmulas típicas de ello—y la *afirmación superior*, nacida de la plenitud y de la abundancia, una aprobación absoluta sin restricciones, incluso del sufrimiento, de la falta, de todo lo que la existencia tiene de problemático y de extraño.

Este definitivo y gozoso concepto de la vida, esta confirmación desbordante é impetuosa, responde no sólo á un entendimiento superior, sino también al más profundo, á aquel confirmado y sostenido severamente por la verdad y por la ciencia.

Nada de lo que existe debe ser suprimido; nada es superfluo.

Aquellos aspectos de la existencia que rechazan los cristianos y demás gente nihilista son incluso de un orden infinitamente superior en la jerarquía de los valores, á los que concede su aprobación el instinto degenerativo.

Para comprender todo esto hay que tener *valor* y—condición indispensable del valor—un excedente de fuerza. Porque todo avance que pueda permitirse el valor según el grado de su

fuerza, es un mismo paso de igual importancia extensiva hacia la verdad.

El conocimiento de lo real, la aprobación de la realidad, son para el hombre fuerte una necesidad tan grande como lo son para el débil—bajo la inspiración de su flaqueza—la cobardía, la *fuga ante la realidad*, que llaman «ideal»...

Bueno es saber que los decadentes tienen necesidad de la mentira; es una de sus condiciones vitales.

Esto que no solamente comprende el término dionisiaco, sino que *se* comprende en ese término, no necesita la refutación platónica, cristiana ó de Schopenhauer. *Olfatea la descomposición...*

III

Hasta qué punto había encontrado la idea de lo *trágico*, la noción definitiva de lo que es la psicología de la tragedia, lo demuestran las siguientes palabras que figuran en *El crepúsculo de los ídolos*:

«La afirmación de la vida aun en sus problemas más arduos y extraños; la voluntad de

UNIVERSITÄT
MÜNCHEN
1909

vivir, gozándose en *sacrificar* sus tipos más elevados en beneficio del propio carácter inagotable; he aquí lo que llamo dionisismo; he aquí donde he creído hallar el hilo que conduce á la psicología del poeta trágico.

«No para desembarazarse del miedo y de la compasión; no para purificarse de una pasión peligrosa por la vehemencia—tal como lo entiende Aristóteles—, sino para personificarse á sí mismo, por encima del miedo y de la compasión la eterna alegría del porvenir, esa alegría que lleva en sí el *goce del agotamiento...*»

En este sentido tengo derecho á autoconsiderarme como el primer *filósofo trágico*, es decir: como la antítesis extrema y antípoda del filósofo pesimista.

Antes de mí era desconocida esta transformación del dionisismo en una emoción filosófica. Faltaba la *sabiduría trágica*.

Yo la he buscado inútilmente incluso en los *grandes griegos*, entre los filósofos de dos siglos antes que Sócrates.

Dudaba sin embargo respecto de Heráclito, junto al cual yo sentía cierto bienestar, cierto calor no sentido en ninguna otra parte.

La afirmación del agotamiento y de la destrucción, lo verdaderamente decisivo en una filosofía dionisiaca, la aprobación de la guerra

y los hechos contradictorios; el *llegar á ser* con la negación radical del mismo concepto del «ser»... todo esto tan semejante á mis ideas no podía menos de agradarme y reconocerlo antes que á otras cosas en las cuales no había pensado nunca.

La doctrina del *eterno retorno*, es decir, de la infinita y absoluta repetición de todas las cosas predicadas por Zaratustra, *podría* en resumen de cuentas haber sido enseñada anteriormente. Al menos los estoicos que han heredado de Heráclito todas sus ideas fundamentales, así parecen demostrarlo.

IV

En esta obra hay la afirmación de una esperanza formidable.

No hay ninguna razón que me haga renunciar á ella, basada como está en el porvenir dionisiaco de la música.

Proyectemos la mirada á un siglo próximo y supongamos que mi atentado contra veinte siglos de contra natura y de violación de la humanidad ha vencido triunfador.

Ese nuevo partido, que será el partido de

la vida y que emprenderá la más hermosa misión de todas las misiones: la disciplina y perfeccionamiento de la humanidad, destruyendo implacablemente cuanto presente caracteres degenerativos ó parasitarios. Ese partido volverá á hacer posible la presencia sobre la tierra del *excedente vital*, de donde saldrá indudable y renovada la condición dionisiaca.

Yo anuncio el advenimiento de una época trágica.

Cuando la humanidad tenga detrás de sí la consciencia de las guerras más cruelmente necesarias, pero *sin que haya sufrido*, entonces pacera el arte más elevado, afirmativo de la vida.

Podrá interrumpirme algún psicólogo diciendo que la música dionisiaca oída en mis años mozos no tiene nada de común con la de Wá-gner, y que al describir la música dionisiaca describo la que había oído, porque instintivamente *debo* traducir todas las emociones con arreglo al nuevo espíritu que hay en mí.

La prueba de ello está en mi libro *Ricardo Wá-gner en Bayreuth* y no puede ser más decisiva.

En todos los pasajes que tienen una significación psicológica, no se habla más que de mí. Podría sustituirse impunemente el nombre de

Wá-gner por el mío ó por la palabra «Zaratus-tra».

La imagen que presento en esa obra del artista *ditirámico* no es otra que la imagen del poeta preexistente de Zaratustra, fijada sobre el papel con una singular profundidad de vista y sin referirse en lo más mínimo á la realidad wagneriana.

Wá-gner es el único que se dió cuenta de esto: le fué imposible reconocerse en la obra.

También la «idea de Bayreuth» se había transformado en algo que no tendrá nada de enigmático para aquellos que conozcan mi *Zaratus-tra*. Está en esa *gran Mediodía*, donde los elegidos se consagren á la más sublime de las misiones. ¿Quién sabe? Tal vez sea la anticipada visión de una fiesta que podré ver aún.

La fuerza patética de sus primeras páginas pertenece á la historia universal; la *mirada* á que se hace referencia en la séptima página es la verdadera mirada de Zaratustra. Wá-gner, Bayreuth, cositas lamentables y alemanas, no son más que la nube donde se refleja el palacio del hada Morgana, el infinito espejismo del porvenir.

Aun desde el punto de vista psicológico, todos los rasgos definitivos de mi propia naturaleza están en la imagen de Wá-gner; la unión

de las fuerzas más luminosas y más fatales; una Voluntad de Potencia, ignorada de los hombres hasta mí, que la poseo por primera vez; la valentía implacable en el terreno espiritual; la fuerza ilimitada de sabiduría sin menoscabo de la fuerza de obrar.

Todo, en esta obra, está profetizado: el próximo retorno del espíritu griego; la necesidad de hombres que serán *antialejandrinos*, de los que *anudarán* de nuevo el nudo gordiano de la civilización griega, después de haberlo roto Alejandro...

Oíd el acento verdaderamente universal que empleo en la página 30 para inculcar el «sentimiento trágico». No hay sino palabras históricas en esta obra.

He aquí la «objetividad» más extraña que pueda existir; la certeza absoluta respecto de *lo que yo soy*, se proyecta sobre cualquier realidad casual. La verdad mía habla en el fondo de un abismo lleno de espanto.

En la página 71 se describe anticipadamente el estilo de Zaratustra, con una incisiva seguridad de mano, y no es posible hallar una expresión más grandiosa para ese *acontecimiento* que significa *Zaratustra*, un acto más prodigioso de purificación y de santificación de la humanidad, que las páginas 43 y 46.

LAS CONSIDERACIONES INACTUALES

I

Las cuatro *Consideraciones inactuales* son en absoluto combatientes, y demuestran que lejos de ser yo un «Juan Lanás» que se entretiene tirando al sable, estoy dotado de más singular habilidad de puño que ningún esgrimidor.

El primer ataque (1873) lo dirigí contra la cultura alemana, que ya entonces despreciaba sin consideraciones de ningún género. Para mí estaba desprovista de significación y era cosa sin otra substancia ni objeto que representar «la opinión pública».

No existe equivocación más peligrosa y lamentable que la creencia de que el gran éxito de las tropas alemanas demuestren la importancia de su cultura y mucho menos la victoria de la cultura alemana sobre la francesa.

La segunda *Consideración inactual* (1874), demuestra lo venenoso y lleno de peligros que es nuestro concepto de la ciencia.